

Domingo 6B TO
14 febrero 2021

“Si quieres, puedes limpiarme” (Mc 1, 40-45)

(Diálogo sobre el Evangelio de hoy: Jesús cura un leproso

José Martínez de Toda, S.J. (martodaj@gmail.com)

El Evangelio habla de los leprosos. ¿Qué era la lepra en tiempos de Jesús?

En tiempo de Jesús, la palabra ‘lepra’ era usada para **una gran gama de enfermedades** de la piel. Entonces **no tenían cura conocida**. Hoy día la lepra es mucho más restringida y se la conoce como la “hanseniasis”, la **enfermedad de Hansen**, quien descubrió el bacilo de la enfermedad. (Los enfermos se llaman “hansenianos”, no leprosos).

Los «leprosos» eran considerados «impuros» que pueden contaminar. Así que se requería que los leprosos vivieran **en lugares aislados** lejos de su familia y de su pueblo. Cuando se acercaba gente a ellos, debían gritar: “¡Inmundo! ¡Inmundo!”. (Levítico 13:45-46), y debían mantener una distancia de cincuenta pasos lejos de otra persona. No podían casarse ni tener hijos, no podían participar en las fiestas y peregrinaciones.

Se interpretaba la lepra como un castigo por el pecado. Estos enfermos eran “malditos de Dios”. Las consecuencias espirituales, sociales y económicas de la lepra –impureza, aislamiento y pobreza – eran más terribles que las consecuencias físicas de la enfermedad.

Por eso los leprosos piden a Jesús que los limpie. La limpieza era más importante que la misma curación.

¿Hay leprosos entre nosotros?

En **Venezuela** está la Isla de La Providencia, con un leprocomio ideado por Bolívar, que llegó a tener en los dos siglos pasados hasta moneda propia, para evitar el contagio.

En **Cuba** está el Leprosario de San Lázaro, en el pueblo de El Rincón, atendido por las Hijas de la Caridad desde hace más de 150 años. "Si no fuera por las Hermanas hubiéramos estado muertos", dice uno de los leprosos. "Ellas se desviven por uno".

En Manaos (**Brasil**), las Hermanas Franciscanas fueron las que construyeron un leprocomio. Actualmente el Gobierno ha asumido todos los mecanismos de prevención, investigación y atención a los enfermos.

¿Han oído alguna vez la palabra ‘Molokai’?

Les cuento la historia de “**El P. Damián**”.

<Molokai fue una isla maldita de Hawái durante muchos años. En ella vivían sólo leprosos, **separados** del resto de los hombres. Un sacerdote, el P. Damián de Veuster, decidió ir allá. Y se entregó a ellos con la misma compasión de Jesús.

Pero un día comenzó su predicación con estas palabras: "Mis hermanos leprosos". Y les explicó. Aquel día el P. Damián no sólo era el párroco de los leprosos; era también su igual, era un leproso más. Se había contagiado. Nunca volvió a su tierra. Como leproso que era, tenía prohibido salir de la isla maldita. Y murió de lepra. Su santidad ha sido reconocida públicamente. Ya ha sido canonizado y declarado santo y está en los altares. Una religiosa ocupa ahora su puesto en Molokai.>

El P. Damián siguió el ejemplo de Jesús. Dios Padre lo envió a derribar todas las barreras que nos separan de Él y de los hermanos. Para Dios nadie es intocable, nadie es impuro. Dios no quiere cuarentenas, separaciones, exclusiones, marginaciones....

¿Qué fue lo que le pasó a Jesús con aquel leproso?

De forma inesperada, un leproso «se acerca a Jesús». Según la ley, es un «impuro», no puede entrar en contacto con nadie. Ha de vivir aislado. Sabe que está obrando mal. No se arriesga a hablar cara a cara a Jesús. Por eso se pone de rodillas. Y desde el suelo suplica:

-«Si quieres, puedes limpiarme».

Acude a Jesús con una **absoluta confianza**. Jesús miró con compasión al leproso. «Extiende la mano» sobre aquel hombre y «toca» su piel. Sabe que lo que hace está prohibido por la ley. Pero sólo le mueve la compasión. Y Él contesta: *«Quiero: queda limpio».*

Para Jesús atender al ser humano está sobre las leyes:

“No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre.”

¿Qué busca Jesús con este milagro?

Jesús busca limpiar el mundo de exclusiones que van contra su compasión. Quien excluye no es Dios, sino nuestras leyes e instituciones. A nadie se puede excluir en nombre de Jesús. El Espíritu de Jesús está sobre todo en quienes ofrecen apoyo y amistad gratuita a los excluidos de nuestra sociedad: ellos nos recuerdan que en el corazón de Dios caben todos.

Jesús le dice al leproso que vaya a presentarse al sacerdote.

Eso lo mandaba la ley judía. Ningún leproso curado podía re-ingresar a la sociedad sin la aprobación del sacerdote, pues la lepra se consideraba castigo de Dios. El sacerdote era el indicado para dictaminar si había enfermedad o curación, cuando ésta se daba.

Después de curarse, ¿qué hizo el leproso?

Se siente amado por Dios, y le viene una alegría incontenible, **la alegría de la liberación**. Y el leproso cuenta a todos no solo el mero milagro sucedido, sino el mensaje completo:

-“Dios no es como me lo han presentado los escribas y fariseos; Dios tiene un amor universal, no excluye ni discrimina a nadie, sino que ofrece a todos su amor y llama a todos a su Reino”.

Ese hombre pregonaba el milagro tan efectivamente que la gente abrumbaba a Jesús buscándolo y asediándolo por todas partes. «Y Jesús no podía ya entrar manifiestamente en ninguna ciudad sino que se quedaba fuera, en despoblado...» (Marcos 1,45b).

¿A tu alrededor, quiénes son los “impuros”?

La lista es larga, por desgracia. Los excluidos son los del ‘otro’ partido, los indígenas, los de los barrios, los presos, prostitutas, enfermos de SIDA, homosexuales que no pueden vivir dignamente su condición... Tratamos a algunas personas, como si fueran **manzanas podridas**, que conviene botar, para que no contaminen a las demás.

Debemos tender la mano al pobre, no sólo la mano de la limosna barata en el semáforo, sino la mano que da empleo productivo y seguridad; y debemos también alzar la mano contra el sistema que produzca discriminación e injusticia.

La característica del cristiano es vivir en continua esperanza y lanzarse al vacío a trabajar por el hombre, por el mundo nuevo y el Reino de Dios.

El doctor Jacinto Convit fue muy meritorio en la lucha contra la lepra en Venezuela.